

EN UN LUGAR...

La Orden de Calatrava

Los castillos diseminados por la provincia, y que un día pertenecieron a la Orden de Calatrava, son el único vestigio que hoy queda de esta historia...

El rey pudo morir. Así encacezarían sus noticios cantados los juglares de la época, cuando el rey Alfonso VIII se enfrentó a Al-Mansur en Alarcos

Esta es la historia de una orden religiosa que defendió con la espada el cristianismo: la Orden de Calatrava. Todo comenzó con Raimundo de Fitero, que junto con Diego Velázquez protegieron la ciudad de Calatrava en 1158. Como muestra de agradecimiento, el rey Sancho III les concedió el señorío de la villa e instituyeron la Orden.

Raimundo de Fitero era un monje cisterciense, por lo que la recién creada Orden de Calatrava dependía del Císter y adoptaron su regla.

En aquel mundo feudal, donde abundaba la pobreza y el mal comer, estos sencillos monjes, vestidos con hábitos blancos de lana sin teñir, sólo buscaban recuperar la sencillez y el fervor primitivos de la regla de San Benito de Nursia.

Esta regla describe la vida de los monjes de la comunidad, imponiéndose hasta en los más mínimos detalles. En cuanto a la comida, tenían 8 meses de ayuno al año. Durante los mismos, el sustento consistía en una comida al día y dos el resto del año. Pero no se trataba, ni mucho menos, de un gran banquete. Sus estómagos tenían que conformarse con dos platos de alimento cocido y una ración de pan. Por supuesto que la carne estaba prohibida, a no ser que se tratara de algún enfermo o convaleciente.

"Reza y Trabaja" era el lema, pero no para sacar rendimiento y beneficios. Trabaja para acostumbrar a tu cuerpo, para pulir el carácter, para robustecer la voluntad. No poseían ni las ropas que llevaban puestas. El ocio y el descanso se materializaba en una simple siesta.

Fue en 1164 cuando el Papa Alejandro III, en Roma, aprobó la Orden Militar de Calatrava, la cual tuvo fueros propios, por lo que fomentaron la envidia de otras órdenes, que no tenían una situación tan privilegiada.

La amenaza musulmana estaba cerca y eran ellos, los calatravas, los encargados de decir "no pasarán". El 19 de julio de 1195, en Alarcos, el rey Alfonso VIII se

proclamado emir su hijo Al-Nars. Éste se encontraba al norte de Africa cuando decidió reunir un poderoso ejército que barrera a los cristianos.

En Sevilla se juntaron 300.000 hombres. El 15 de julio de 1211 Al-Nars se encamina hacia las

2.000 caballeros, 10.000 soldados a caballo y 50.000 peones, 60.000 castellanos y 50.000 aragoneses. Todos los que querían luchar por una causa justa se unieron y emprendieron la marcha.

En junio de 1212 se reconquista Calatrava y Malagón, victorias



Caballeros de la orden en un acto protocolario

Foto/ M. Ballesteros

enfrentó a Abu Yakub Al-Mansur. El rey Alfonso se había puesto de acuerdo con los monarcas de León, Navarra, Aragón y Portugal para asestar un duro golpe al enemigo.

En espera de este gran ejército, Alfonso sale a la llanura de Alarcos donde se encontraba Al-Mansur con 300.000 hombres. El Rey, sin pensarlo dos veces, entró en el combate, del que resultó una desastrosa carnicería. Un campo de batalla sembrado de cristianos muertos.

Alfonso VIII se retiró huyendo a la iglesia-fortaleza. Entró por el portón delantero y, sin bajarse del caballo ni reparar un momento, salió por la puerta trasera.

Al-Mansur pensó que el Rey aún estaba dentro. Como no fue así, pudo salvarse y llegar a Toledo donde se encontró con el rey de León que acudía con sus huestes para ayudarle. Era demasiado tarde, la fortaleza de Calatrava se perdió y la Orden se trasladó a la villa de Almagro.

Pasaron los años y la muerte se llevó a Al-Mansur a los 40 años de edad, el 22 de enero de 1199. Es

tierras de Castilla, contando la victoria como segura. Pero se encontraron de frente con Salvatierra, fortaleza defendida por la Orden de Calatrava. No sería una lucha fácil, considerando la voluntad y el espíritu de sacrificio de estos monjes-guerreros.

La imagen de Alarcos no parecía volver a repetirse. Los Calatravas pidieron ayuda al rey Alfonso, pero éste no llegaría nunca.

Salvatierra cayó, y los mulmanes pasaron a cuchillo a todos los resistentes, a todos los que estaban en el castillo. En septiembre de 1211 Salvatierra era historia.

Indignado ante este hecho, el rey Alfonso pide al Papa Inocencio III que proclame una cruzada santa. Este sería el momento de unirse todos contra un fin común y también la ocasión de abandonar traiciones y rencillas, y luchar juntos contra los no creyentes.

El Papa se lo concede, condenando con la excomunión mientras durase la cruzada a todos aquellos que tenían conflictos con el rey castellano.

Llegan ejércitos de Francia,

que produjeron bajas, pero no muertos, en el ejército cristiano. Los extranjeros abandonaron la lucha tras el triunfo por dos causas fundamentales: no obtenían grandes botines como les habían prometido y no les dejaban pasar a cuchillo a los derrotados. Esta última fue una mala costumbre adquirida al estar en constante lucha. A partir de ahora, los hispanos y un pequeño grupo de Narbona seguían la guerra santa que les había unido.

El Papa otorgaría sus bendiciones sobre ellos, que obtuvieron el honor y la gloria de las victorias. Después de conquistar Caracuel y Almodóvar se une Sancho VII el Fuerte de Navarra, que hasta entonces no había intervenido.

El 16 de julio de 1212 vencen en la batalla de las Navas de Tolosa, gracias a una astuta estrategia, pero ésta es ya otra historia.

Los calatravas ocuparon el castillo de Calatrava la Nueva desde 1217. Al-Nars murió envenenado en Africa a finales de diciembre de 1213 y le sucedió su hijo Abu Yakub Yosuf II.